

Entre los bandoleros estaba Pascual Colletta, tristemente célebre por su crueldad y su rapiña, y más de una vez había provocado serios disgustos entre la Santa Sede y el Rey de Nápoles, porque era protegido por un alto señor de la provincia.

Amigos de Pascual Colletta eran los que vimos la noche anterior en un castillo, y nada menos que su decidido protector fué el que dió el terrible puñetazo. ¿Cómo era que temblaban los bandidos, si muchas veces habían encontrado seguro refugio y salvación en los castillos?

Corría el año de 1837, y gobernaba la Iglesia Gregorio XVI. Necesitaba un hombre enérgico que gobernara en Benevento, y algunos le aconsejaron que mandara al entonces desconocido Mons. Pecci, que apenas contaba veintisiete años y acababa de recibir el sagrado orden del Presbiterado. Envióle Gregorio XVI á Benevento con el carácter de Delegado apostólico, que es como si dijéramos de Gobernador civil y la historia se ha encargado de confirmar lo acertado de la elección.

Nacido Vicente Joaquín Pecci al pie de los Apeninos, en la aldea de Carpineto, pasada su primera juventud trepando por los cerros y los riscos, descansando á orillas del riachuelo ó en el fondo de los bosques, eran sus costumbres sencillas como las de la gente del campo; tenía su frase la dulzura del arroyo que parece llorar entre las guijas, y su carácter la inquebrantable firmeza de los riscos, contra los que se estrellan los huracanes.

Apenas llegado á Benevento comenzó á introducir reformas radicales. Comprendió que lo más importante para el bien de la provincia era procurar la seguridad pública, y comenzó á perseguir á los bandoleros, luchando al mismo tiempo contra sus protectores los señores principales del ducado. Una de las prisiones más importantes fué sin duda la del famoso Pascual Colletta, y por eso vimos palidecer á los bandidos cuando recibieron la noticia.

Veamos el resultado.

### III

La tarde del día siguiente á la noche de la orgía, presentóse en el palacio del Delegado el Excmo. Sr. Marqués de X\*.

Fué recibido apenas lo anunciaron, y al entrar en el salón en que le recibía el Delegado, encontróse frente á frente de un joven de finas y delicadas facciones, con los ojos de azul purísimo como el cielo de Italia y una sonrisa suave como las copas de los árboles mecidas por el céfiro. Su voz era armoniosa y sus maneras de gran señor.

El Marqués creyó fácil la empresa, y después de los saludos de estilo, abordó la cuestión diciendo:

—Parece que os empeñáis Monseñor, dijole el Marqués, en perseguir á ciertas gentes que se refugian en esta provincia huyendo de otros reinos.

—Son bandoleros que asolan la comarca impidiendo la seguridad pública, y es mi deber exterminarlos.

—Sin embargo, Monseñor, los que os han precedido en el mando...